

Entrada desde la perspectiva de la Fe

Como un maestro trata a un niño.

El hombre nace como un ser inacabado, diríamos “sin terminar”, es un ser continua e ilimitadamente en construcción, en desarrollo, en proceso. En el proceso de vivir es en el que va completándose, creciendo “haciéndose más persona”. Por eso decimos que la verdad del hombre, entendida como aquello a lo que está llamado a ser y que se despliega “para adelante”, está siempre más allá de su realidad concreta, más allá de su hoy. Por eso, a la persona, los dones que el Señor le regala toman la forma no sólo de don sino de tarea, de posibilidad, de oportunidad de ser desplegada en el futuro. Por eso decimos que los dones del Señor son hoy un regalo, y también una tarea que permite hacerlos crecer en el proceso de vivir. De este mismo modo podemos entender la propia existencia como regalo, pero también una tarea, algo que podemos seguir desplegando, desarrollando, haciendo crecer.

Como hombres vivimos nuestra vida como puesta en juego de nosotros mismos, en la que se juega la libertad con los límites propios de estar en este mundo. Nos vamos haciendo en una libertad limitada, acogiendo nuestra existencia y desplegándola en el hacer. Lo que recibimos lo vamos haciendo historia, integrándolo en lo que vamos decidiendo, en lo que vamos haciendo cada uno de nosotros en nuestro propio proyecto. La ascética (práctica) dice: ***“llegar a ser lo que Dios quiere que uno sea”***. Algo así como ir eligiendo en nuestra vida lo que el Señor elige para nosotros, y de este modo ir concretando en la historia el proyecto del Señor poniendo nuestro propio perfume. Es un equilibrio entre acoger la existencia como don y desplegarla como tarea, al mismo tiempo que vamos dejándonos moldear por el Señor, dejándonos hacer por Él, para que nuestro ser sea todo lo que está llamado a ser en Él.

San Ignacio nos dice que mirando el Señor Padre – Hijo – Espíritu Santo, la redondez de todo el mundo lleno de hombres y mujeres y, viendo que todos erraban su propósito, su camino, determinan que la segunda persona, el Hijo, se haga hombre para ***“hacer redención del género humano”***.

Y Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros. Lo importante de este anonadamiento, kénosis, abajamiento, vaciamento de Dios en la persona de Jesús, no está en el empobrecimiento, ya que Dios no necesita perder nada de sí mismo para hacerse Hombre. Sino que, la esencia de la kénosis radica en la entrega que significa, es decir en la decisión libre de querer ser igual al hombre en todo menos en el pecado, por amor. El Señor elige hacerse uno de nosotros sin perder nada de su condición Divina.

Por eso afirmamos que la plenitud del amor de Dios por la humanidad no está en el brillo, la majestad, la gloria o el poder, sino en la plenitud de la solidaridad y de la entrega de su kénosis, de su abajamiento a la condición humana, por amor. Es esta entrega solidaria de Dios a la humanidad la que hace fecunda su kénosis. El Señor elige hacerse solidario con el género humano entrando en la historia como un hombre verdadero, igual en todo menos en el pecado.

La kénosis no consiste en la asunción de una simple naturaleza, sino en la asunción de todo ese mundo con su historia de pecado que son inseparables de esta humanidad concreta y con lo que le es propio, su historicidad, su posibilidad en el tiempo, su “ir haciéndose”. Dios se Encarna y se hace Hombre, pero en unas particulares condiciones. Jesús no asume una humanidad perfecta como la que aparece en la Transfiguración, sino una humanidad de esta historia y con nuestra misma suerte.



Jesús no era hombre de manera teórica o abstracta de "ser hombre", sino que lo fue como lo somos nosotros. Es más, llevado hasta el extremo y, por tanto, con toda una serie de condiciones esclavizadores que el hombre no experimenta como necesariamente pertenecientes a la idea de hombre, sino como perteneciente al hombre concreto que vive una vida concreta en tiempo y en el espacio. Jesús vivió en un tiempo concreto una vida concreta. Concibiendo al hombre como "historia", como un ser cuya esencia es el de hacerse lo que es y, en ello, la puesta en juego de sí mismo, entonces también la Encarnación ha de ser necesariamente historia. Por tanto, la Divinidad entra seriamente en una evolución y de algún modo que no conocemos ni comprendemos, corre el riesgo del éxito. Dios no sólo se ha hecho hombre y esclavo, se hizo también riesgo y apuesta.

Jesús es Hijo de Dios, pero según la carne, en la forma de tener-que-llegar-a-ser Hijo de Dios. El Hijo de Dios va siendo Hijo de Dios en la historia, se va dando cuenta, se va desarrollando, como lo que es al mismo tiempo que conducido por la acción del Espíritu se va dejando hacer, para que su Ser llegue a Ser aquello que está llamado a ser en el tiempo histórico en que vivió.

La entrega solidaria de la kénosis no consiste en que Dios se hizo hombre, sino en que se ha hecho esclavo, pobre, maldito..., no es una encarnación neutral, sino una encarnación asumiendo la condición de los últimos, de los crucificados de la historia. Encarnación y Resurrección no son momentos aislados e independientes sino momentos tan intrínsecamente vinculados que constituyen una sola realidad: puesto uno, se siguen necesariamente los otros. La Encarnación sólo queda concluida en la Resurrección, pero pasa necesariamente por la Cruz.

Y todo esto, lo eligió Dios en solidaridad con nosotros, para enseñarnos de la manera que un maestro enseña a un niño, cómo vivir nuestro proceso de hacernos más humanos. Al modo de Jesús, hacernos más humanos es hacernos solidarios con los crucificados de la historia, con los marginados, pobres y excluidos, asumiendo la cruz de ellos, por amor y en solidaridad con sus vidas. Hacernos más humanos al estilo de Jesús es pasar por la cruz que es resurrección. Pues la muerte en cruz en Jesús no tuvo la última palabra, así tampoco en nosotros que estamos llamados en Él a la Resurrección.

La vida sacramental. La Reconciliación.

Los sacramentos responden a una necesidad íntima del hombre. Curiosamente, mientras para muchos cristianos los sacramentos han perdido la fuerza del signo, los no creyentes inventan signos para llenar esa necesidad íntima innegable. Todo nuestro lenguaje es simbólico, lo que significa que hay que distinguir la realidad en sí misma de su mensaje. Un mueble viejo puede ser para algunos sólo eso, un mueble viejo, pero para su dueño puede ser el recuerdo de un ser querido que ya no vive. El mueble es signo de ese amor y ese afecto perdido.

Así también los sacramentos son signos visibles que hacen presente una realidad invisible. De entre todos los signos de Dios en el mundo, Jesús es el signo visible fidelísimo del rostro del Padre "Quien me ha visto a mí ha visto al Padre"

Evangelio según San Juan, 14, 8

"8.Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta.»"

(Evangelio de Juan 14, 9), podríamos decir que Jesucristo es sacramento de Dios, el signo visible del Padre en la tierra.

Evangelio según San Juan, 14, 10
"10.¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Cuando les enseño, esto no viene de mí, sino que el Padre, que permanece en mí, hace sus propias obras."

Pero tras la Pascua, Jesucristo ha dejado de ser accesible a nuestra experiencia directa, como Jesús lo fue para los discípulos. Sin embargo, la Iglesia es hoy ese "cuerpo místico" de Jesús que es signo de la vida de Dios en la tierra. Y lo que era visible en Jesucristo lo es hoy en los sacramentos de la Iglesia. Podríamos decir que la Iglesia toda es "un cuerpo sacramentado".

Hoy en nuestra vida de fe, accedemos a una diversificación de ese "cuerpo sacramentado" diríamos "varios sacramentos". Accedemos al cuerpo sacramentado de la Iglesia a través de algunos sacramentos que son signos de la salida de Dios al encuentro del hombre en sus experiencias fundantes de vida (nacimiento, amor y compromiso, caídas, enfermedad, muerte, consagración a otros).

Los sacramentos como signos visibles que hacen presente una realidad invisible, son encuentros con Dios, encuentros que tienen una dimensión sensible es decir accesible a la experiencia de los sentidos, podemos tocar, ver, oír, gustar.

Por desgracia, con el paso del tiempo los rituales y signos sensibles de los sacramentos han ido perdiendo "su fuerza simbólica" por el debilitamiento justamente de su carga de "signos". La inmersión en el bautismo ha sido reemplazada por unas gotas de agua, el pan por una hostia, una copa que no se parece en mucho a la copa que solemos colocar en una comida, etc. Digamos que los signos han dejado de ser tan signos o han perdido simbolismo, aunque no hayan perdido su validez. Casi que la validez le ha ganado terreno a la fuerza del signo. La palabra del rito que se une al signo, y que por dicha unión debería imponerse por su propia fuerza, hoy suma "la palabra que explica el signo". Y si un signo debe explicarse es porque ha perdido su fuerza de signo o su simbolismo.

Aunque esta realidad es innegable, los sacramentos son con todo, signos, visibles del Dios invisible. Cuerpo sacramentado de la Iglesia diversificado en siete sacramentos en los que el propio Dios sale al encuentro del hombre. ¡Qué buen tiempo y qué oportunidad para recuperar el valor y profundidad de los signos sacramentales, la belleza de su simbolismo, y el significado de la dimensión sensible de la gracia que nos acercan! Pues volviendo a meditar sobre ellos, detenernos en los gestos, palabras y rituales, podemos redescubrir la profundidad del simbolismo y la densidad del signo, y también entrar en profundidad con el Señor. Pues ellos son los gestos y palabras de Jesús.

En el cuadro de los sacramentos que nos propone la Iglesia, queremos ahora detenernos en uno de ellos, el sacramento del perdón, que nos acerca por excelencia la gracia de la misericordia infinita y sin límites del Padre.

La reconciliación es el sacramento del encuentro de Dios con el hombre que cae por su fragilidad y vulnerabilidad. Es la celebración de la misericordia de Dios. Y es el propio Dios quien busca a la persona y la abraza para que se levante. La gracia de este sacramento alcanza al hombre más allá de las condiciones personales del sacerdote, quien es sólo un mediador de la gracia. Dios actúa su gracia por la fuerza del signo más la palabra (la persona que reconoce su caída en una charla fraterna y el sacerdote que le alcanza el perdón que viene de Dios).

La reconciliación, como todo sacramento es una celebración, celebra la vida dedicada a seguir a Cristo. ¿Qué significa esto? Que Dios acude al encuentro y a la cita con su gracia, abraza y perdona a la persona que cae. Pero es la persona quien le permite su entrada y su eficacia, haciéndose presente y disponible a esa gracia. Abrir las puertas a la gracia de la reconciliación es además de recibir el perdón de Dios, el compromiso de completar con la propia vida lo que la gracia inicia, hacer que esa gracia se haga vida en salida hacia los hermanos. Dicho de otro modo, que la gracia no muera en ese acto de perdón, sino que siga actuando en la vida de la persona para que la gracia sacramental se haga vida y la vida sacramento de misericordia para los demás.